

TÍTULO DEL RELATO: Goya y la muerte

PSEUDÓNIMO: Aire

Cristóbal nunca entendió el arte hasta el día en que iban a asesinar a su padre. Ocurrió de forma súbita, como todas las revelaciones. Aquella resultó particularmente monstruosa y, después de ella, nada fue igual.

Sentía la respiración del Matías en la oreja: un jadeo desacompasado y angustioso que removía sus propios nervios y le obligaba también a jadear, y esta necesidad se incrementaba al pensar que en cualquier momento podían descubrirlos. Estaban los dos muy juntos, arrodillados sobre el suelo de gravilla del cementerio, ocultos tras el mármol blanco del panteón de los García Merello, que era el más grande de todo el camposanto. A Cristóbal se le clavaba la gravilla en las rodillas desnudas y comenzaba a perder la paciencia y a pensar que el Lechugo los había engañado a los dos cuando, hacía unas horas, les había asegurado que a los prisioneros los llevarían allí para fusilarlos. En la puerta del cementerio, solo se distinguían dos guardias con expresión de profundo aburrimiento. Cristóbal había confiado en el Lechugo porque, al fin y al cabo, su tío era sargento: uno de los que se habían levantado en armas y habían mandado detener a su padre esa mañana, cuando dos guardias fueron a buscarlo a casa y, sin dar explicaciones de ningún tipo, se lo llevaron consigo. El caso es que, al decirles el Lechugo aquello, Cristóbal había decidido asegurarse de que su padre no era uno de los que iban a fusilar y marchó hacia el cementerio con el Matías, que era su amigo del alma y su perrillo faldero.

Llevaban casi media hora allí arrodillados y una fresca brisa nocturna llegó acompañando a la caída de la noche. Cristóbal estaba casi seguro de que a la mañana siguiente soplaría viento de levante. En sus doce años de vida, había aprendido a interpretar la más leve señal de la naturaleza y sabía predecir cuándo cambiaría el tiempo, la dirección de la marea o el color que tendría el cielo al amanecer. El Matías se removió con inquietud y susurró que se le había quedado dormida una pierna. Cristóbal le pegó un codazo para que se callara, porque en ese mismo instante, un grupo de guardias cruzaban la puerta del cementerio, llevando consigo a diez o doce civiles a los que apuntaban con su fusil. A pesar de que un escalofrío recorrió su espalda, Cristóbal no pudo evitar sentirse aliviado, porque entre aquellos hombres no se encontraba su padre.

Los guardias situaron a los prisioneros en una fila junto a la tapia de cal blanca y formaron una fila paralela, apuntándolos con las armas. A una señal del Sargento Cáceres, que no era otro que el tío del Lechugo, los guardias dispararon y los prisioneros cayeron al suelo, heridos de muerte. Cristóbal sintió cómo la punzada de un recuerdo antiguo atravesaba fugazmente su conciencia, demasiado rápido como para llegar a visualizarlo con claridad. A su lado, el Matías había cerrado los ojos y jadeaba más fuerte que antes.

Inmediatamente, los guardias trajeron a una nueva fila de prisioneros y los colocaron de nuevo frente a la tapia, junto a los que ya habían caído. Entre aquellos nuevos tampoco estaba su padre, pero Cristóbal reconoció al maestro de la escuela, Don Plinio, y se lo señaló a Matías con un codazo.

Antes de que los guardias dispararan sus fusiles, ocurrió algo insólito: Don Plinio se logró zafar de sus ataduras y levantó los brazos hacia el cielo nocturno de verano, dibujando en sus labios un grito que se vio acallado por el rugido de los disparos. Se trató de un instante diminuto. Pero un instante suficiente para que Cristóbal pudiera identificar el origen del recuerdo que revoloteaba por su memoria. Porque esa misma imagen ya la había visto antes, dos años antes. En un cuadro de Goya...

Comenzó a recordar.

Aquella mañana de finales de agosto de 1934, Cristóbal se había levantado más temprano que ningún día para ayudar a su padre con la pesca y volver rápidamente al pueblo. No quería perderse la llegada de los artistas que les llevaba anunciando el alcalde, Don Manuel, desde hacía casi una semana. Don Manuel había mandado habilitar una parte de la escuela para dejar sitio a los cuadros que traerían aquellas personas. Don Plinio, el maestro, les había dicho que los cuadros serían de pintores famosos, no como las estampas de vírgenes que sus madres tenían por las paredes de casa.

El puerto de Chiclana de la Frontera recibía al amanecer mezclando luces azules y salmonadas en la cúspide del cielo. El sol, inmenso círculo ambarino, parecía un misterioso pintor allá en el horizonte, difuminando los colores como si toda la alborada formara parte de su mágico lienzo. Las voces de los pescadores que regresaban de altamar se confundían entre los graznidos secos de las gaviotas y el constante y ronco murmullo de la marea.

-Hoy la mar anda revuelta –comentó el padre, y el chico simplemente asintió con la cabeza. Él mismo podía sentir la fina arena que, elevada en torbellinos por el viento de levante, se le clavaba en la piel como si de diminutas agujas se tratara.

En Cádiz, el levante es más que un viento. Es un estado de ánimo, un espíritu, un fantasma que se mete dentro del alma de las gentes y, cada vez que sopla, trae consigo una inquietud misteriosa que puede considerarse el germen de la locura. Los gaditanos están hechos de levante, más que de carne y hueso: su agitado carácter resulta imprevisible y se dobla o se yergue como un flexible junco a merced de ese viento que resulta del todo incomprensible para cualquiera que no se halle familiarizado con esas tierras.

Cristóbal terminó de recoger el pescado en los cajones de madera que había bajado desde el pueblo. No era mala pesca la de aquel día. Su padre le miró de reojo y, con una media sonrisa, le dijo:

-Anda, vete ya a llevárselo a tu madre; no vayas a perderte a los artistas esos.

Antes de salir del pueblo, Cristóbal se topó con el Pepe, un compañero de su padre, que acababa de cargar su propia mercancía en un carro tirado por una mula.

-*¿Pisha, qué?* –le dijo -Súbete y te acerco, que eres tú muy chico para llevar todo ese peso. Al mercado, ¿no?

Cristóbal obedeció y se subió al carro del Pepe y a los pocos minutos dejaron atrás el puerto. El pueblo de Chiclana quedaba un poco más alejado de la costa y, a medida que se acercaban al interior, el levante soplaban con menos fuerza y el calor de agosto se dejaba sentir en todo su esplendor, como si el viento hubiera actuado a modo de sedante.

-*¿Tú también vas a ver a los pintores esos?* –le preguntó el Pepe mientras arreaba a la mula.

-Sí –contestó el chico -. Pero Don Plinio nos ha dicho que algunos de los que vienen no son pintores, que son poetas o intelectuales.

-*¿"Intelectuales"?* –repitió el Pepe -*Y esos a qué se dedican?*

-Qué sé yo. A pensar, ¿no? Alguien tendrá que inventar lo que estudiamos en la escuela.

-A pensar, a pensar –el Pepe resopló -. Así nos va: unos pensando y los otros levantándose de madrugada para conseguir una buena pesca. Me río yo de la República y de todos los “intelectuales” esos. ¡Arre!

Cristóbal no respondió porque, en el fondo, él tampoco entendía para qué podían servir los intelectuales. Sin embargo, tenía que admitir que le gustaba la sensación de pensarse más listo que los demás y disfrutaba contándole a su madre la lección de Historia o la de Ciencias y escuchando los halagos de la buena mujer, que estaba convencida de que su hijo iba a convertirse en médico o en profesor. Además, Cristóbal confiaba en la

República, porque su padre siempre decía que les había hecho a todos más libres. Su padre se había afiliado ese año al Partido Socialista y, de vez en cuando, asistía a reuniones para hablar de política y temas similares.

Después de llevar las cajas a la pescadería que su madre tenía en el Mercado de Abastos, Cristóbal cogió a su hermanita María y echó a correr en dirección a la Escuela.

Cuando llegaron allí, tal como imaginaba, casi toda la chiquillería estaba presente. Como también Don Plinio, que andaba dando las últimas instrucciones:

-Cristóbal, llegas en buen momento; ayuda con la escoba a Ricardo. Don Manuel no tardará en llegar con los intelectuales.

Al Ricardo, nadie más que el maestro y su propia familia lo conocía por ese nombre. Para el resto del mundo era el Pupas, igual que el Lechugo era el Lechugo o la Flamenca era la Flamenca. En el pueblo casi toda la gente tenía mote y el mote era algo que daba empaque y valoración social. Cristóbal aún no había conseguido uno propio; incluso su padre no era nada más que Martín, el Pescador. Y había muchos más pescadores en Chiclana.

-Cristóbal –susurró el Pupas, con su voz rasposa, dejando a un lado la escoba-. Me ha dicho el Lechugo que le ha dicho su tío que los pintores esos también van a traer un cine.

La expectación general no hacía más que aumentar y en la siguiente hora se acercaron más curiosos, y no solamente niños. A la una de la tarde, cuatro furgonetas aparcaron en la puerta de la Escuela. De una de ellas salió el Alcalde, acompañado de dos jóvenes.

-¿Esos son los intelectuales? –le preguntó el Matías a Cristóbal.

-Deben de serlo.

-Pues se parecen a nosotros.

-¿Y cómo quieras que fueran?

-No sé.

Cristóbal no dijo nada, pero él tampoco se esperaba que los responsables de inventar las lecciones que debían aprender de boca de Don Plinio fueran tan corrientes. De las seis personas que habían bajado de las furgonetas, solo una de ellos parecía menos convencional. Era un hombre muy delgado que tenía un bigotillo cursi y un traje con una pajarita que parecía más elegante que los que se ponía Don Manuel en las fiestas del pueblo. Había otro que tenía las cejas muy profundas, como si estuviera enfadado todo el tiempo, pero enseguida se puso a hablar con los niños y demostró que en realidad era muy

simpático. También había una mujer que cogió en brazos a su hermana y le preguntó por su nombre y le dijo que ella se llamaba igual.

Tres de los hombres, entre ellos el de las cejas profundas, pasaron varias horas descargando cuadros de las furgonetas e instalándolos en la pared. Cristóbal y el Matías se acercaron para curiosear, mirando las obras expuestas con una mezcla de admiración y recelo. Cristóbal se quedó parado frente a una que le llamó poderosamente la atención. En ella, a la derecha, una fila de soldados apuntaban con su fusil a un grupo de hombres situados a la izquierda, entre los cuales había algunos caídos en el suelo y otros que parecían ocultar su desesperación tapándose la cara con las manos. En el centro de dicho grupo, un individuo de camisa blanca tenía los brazos extendidos hacia el cielo y la boca abierta, esbozando un grito mudo en el que se reflejaba tal horror que casi parecía real. Cristóbal sintió un escalofrío extraño, una leve punzada de inquietud; mas, a pesar de resultarle desgradable, no podía dejar de mirar el lienzo.

-Te gusta ese, ¿eh? –dijo una voz a sus espaldas.

El niño se volvió y descubrió que quien le hablaba era el hombre de las cejas profundas. Decidió no confesarle que el cuadro le daba miedo, no fuera a ser que lo creyera tonto. El Matías, como siempre, se adelantó a la respuesta:

-Los están matando –dijo.

-Sí, así es –confirmó el de las cejas, sonriendo-. El título del cuadro es *Los fusilamientos de la Moncloa* y representa una escena de la Guerra de la Independencia, una guerra que tuvo lugar en el siglo diecinueve, cuando los españoles quisieron expulsar a los franceses del país. Los soldados son soldados franceses –continuó explicándoles- y los hombres de la izquierda son españoles que están muriendo por sus ideales. La escena tiene lugar al pie de la montaña del Príncipe Pío, en Madrid. ¿Habéis estado alguna vez en Madrid?

-No –contestó rápidamente Cristóbal-, pero me encantaría ir. ¿El cuadro te lo has inventado tú?

El hombre soltó una carcajada.

-No, no me lo he inventado yo; es una pintura de Goya.

-¡¡Mi abuela!! –exclamó entonces el Matías, incapaz de disimular su emoción.

Esta vez, el de las cejas rió con ganas.

-No; Goya era su apellido: Francisco de Goya y Lucientes –les explicó con paciencia-. Uno de los pintores más famosos de la historia del arte español.

Cristóbal sintió que le ardía la cara de vergüenza por tener un amigo tan paleto. ¿Por qué había tenido que decir lo de su abuela? Él tampoco sabía quién era ese Goya, pero lo que tenía claro desde el principio es que la Churrera no podía haber pintado aquello. Agarrando al Matías del brazo, se lo llevó de allí.

Bajaron a la calle y, junto a una de las furgonetas de los forasteros, vieron al hombre del bigotillo solo, fumando un cigarro con expresión ausente.

-¿Tú no ayudas a tus amigos? –le preguntó el Matías para llamar su atención.

El hombre lo miró, arqueando las cejas, y dibujó una leve sonrisa en los labios.

-Ellos se las apañan bien sin mí –respondió en voz baja.

-¿Sois todos pintores o hay también algún intelectual? –se interesó Cristóbal, para que viera que él era un entendido.

Sin embargo, sus palabras solo ensancharon la sonrisa del hombre, que respondió:

-Todos somos intelectuales... algunos más que otros. Pero de los que estamos hoy aquí, sólo Ramón es pintor –señaló al hombre de las cejas, que había bajado para recoger más cajas de una furgoneta-. Ramón Goya. Él ha pintado muchos de los cuadros que hemos traído, como el de *Los fusilamientos de la Moncloa*...

-¡Pero si Ramón nos acaba de decir que ese es de Goya! –replicó Cristóbal.

-Es de Goya el original –explicó el hombre con voz suave y pausada-, pero como todos los originales están en los museos, aquí solo podemos traer copias. Y Ramón ha pintado muchas de ellas.

-¿Y tú qué eres? –volvió a preguntar Cristóbal.

-Yo, poeta.

-¿Pero te inventas las poesías o también las copias de otros poetas famosos?

-No, yo me las invento –respondió el hombre riendo.

-¿Y cómo te llamas?

-Luis Cernuda. ¿Y vosotros?

-Yo soy Cristóbal y este es mi amigo, el Matías. Mi padre es Martín, el Pescador.

-Eso está muy bien –dijo Luis.

-¿Y para qué sirven los cuadros? –preguntó estúpidamente el Matías- Mi abuela tiene muchos en el salón y casi nunca los miramos.

-¿Para qué sirven los cuadros? –repitió Luis- Para lo mismo que la poesía, supongo, o que la música. Yo no os lo puedo explicar: vosotros lo descubriréis un día. Ocurrirá que, de repente, os sentiréis identificados con una obra, lo mismo que si se tratara

de una revelación, y la comprenderéis. Tal vez se trate de un momento desagradable pero, a partir de entonces, nada será igual.

Cristóbal no dijo nada, pero aquellas palabras le dejaron muy pensativo.

Por la tarde, casi toda la gente de Chiclana –incluso el escéptico Pepe- acudió a la Escuela para ver el Museo Ambulante. El maestro pronunció unas palabras y después Ramón Gaya, el pintor, explicó que todas aquellas actividades estaban incluidas en un proyecto de la República: las Misiones Pedagógicas, que tenían por objeto llevar la cultura a las zonas rurales del país. El padre de Cristóbal aplaudió mucho el discurso y después todos estuvieron recreándose en las pinturas allí expuestas: *Los fusilamientos* y algunas más de Goya y de otros pintores famosos. Había retratos y paisajes y un cuadro con unas niñas muy bajitas que se titulaba *Las Meninas*.

Después de ver proyectada una película en la sábana que habían instalado esa tarde, los intelectuales regalaron a la gente copias de los cuadros que habían expuesto. Ramón quiso regalarle a Cristóbal el de *Los fusilamientos*, que tanto le había llamado la atención; pero a Cristóbal aquel cuadro le seguía pareciendo extrañamente lúgubre y prefirió otro de una infanta muy rubia, muy guapa, que se asemejaba bastante a la hija de Don Manuel. Ramón le dijo que el autor del original de aquel cuadro era Velázquez y le escribió el nombre a lápiz por detrás para que no se le olvidara.

Al anochecer Ramón, Luis y sus compañeros volvieron a recoger todo en las furgonetas y se despidieron de la gente. Cristóbal y el Matías siguieron a las furgonetas hasta quedarse sin aliento y después las vieron alejarse por el camino. Seguía soplando el viento de levante.

Dos años después, arrodillado tras el panteón de los García Merello; Cristóbal recordaba vívidamente aquel día. Descubrió que el poeta que se llamaba Luis tenía razón cuando les habló de aquel momento en el que, súbitamente, comprenderían el sentido de una obra de arte.

Entonces, en la siguiente fila de prisioneros descubrió a su padre. Obedeciendo un súbito impulso, salió corriendo hacia el Sargento Cáceres.

Al Matías no le dio tiempo a detener a su amigo. Cerró muy fuerte los ojos porque él sí tenía miedo y escuchó cómo Cristóbal gritaba incoherencias sobre los franceses, sobre que aquello no era Madrid y sobre el pintor que se llamaba como su abuela. Después escuchó risas de los guardias y la voz de Martín chillar algo que no entendió, porque se

acababa de tapar los oídos. Pero ni aun así consiguió ignorar el terrible y sordo disparo que hizo retumbar el cementerio. Y después, todo quedó en silencio.